

La embajada turca en Madrid y el envío de Alegreto de Allegretti a Constantinopla (1649-1650).

Por Miguel Conde Pazos (UAM)

LA CRISIS DEL IMPERIO OTOMANO A TRAVÉS DE LA RELACIÓN DE ALEGRETO ALLEGRETTI.

“...que maior oportunidad puede desearse que la de ver puesto en el gobierno de aquella Monarquía un Rey niño de nueve años y que en más de otros cuatro años no saldrá de la menor edad, gobernado de un hombre solo (que es el gran Visir) el cual no sabe leer ni escribir, sin más consejo que el de un astrologo o dos mujeres que guerrear por el Dominio;...”

Con estas palabras describieron los religiosos católicos de la Isla de Scio la crítica situación que vivía el Imperio Otomano en 1649[1]. Como buena parte de Europa, el Imperio Otomano vivió su propia crisis a mediados del siglo XVII, siendo motivada igualmente por los grandes gastos militares.

Durante los siglos XV y XVI, la maquinaria bélica otomana fue, con toda probabilidad, la fuerza más moderna y eficiente de su época. Durante este tiempo, las fuerzas otomanas fueron capaces de imponerse sobre los reinos cristianos y los persas safávidas, en una serie casi ininterrumpida de guerras. Según el punto de vista del derecho islámico el Imperio Otomano era la “Casa del Islam”, un espacio en permanente conflicto con los vecinos no musulmanes, la “Casa de la Guerra”. Sin embargo, a principios del siglo XVII este modelo empezó a dar muestras de desgaste. Los costes provocados por los avances de la “Revolución Militar” y los recursos consumidos a la hora de mantener las líneas de aprovisionamiento, dispararon el esfuerzo otomano en materia militar. La Larga Guerra de Hungría y las agresivas campañas de Murad IV fueron una buena

muestra de que, a pesar de los triunfos, las fuerzas otomanas consumían demasiado para los logros que obtenían. El mismo Alegreto de Allegretti, personaje principal de este artículo, vio en este problema la clave a la hora de entender la crisis otomana, atreviéndose a señalar una fecha: 1638. Según él, hasta ese año las arcas del Imperio podían haber dispuesto en cualquier momento de unos “ocho millones de oro”. Sin embargo, el coste de tomar aquel año Babilonia fue tan alto que hizo necesario subir los impuestos, iniciando así un efecto en cadena fatal para la Puerta[2]. La subida tributaria provocó la huida de una parte de la población de Europa a territorios no fiscalizados o vasallos, alienando a su vez a los ya inquietos habitantes de Anatolia [3].

Para Alegreto la invasión de Candia (1645) fue un intento de Ibrahim I (1640-1648), sucesor de Murad, de corregir esta situación. Según su punto de vista, *“solo en alguna parte podría el turco corroborar sus fuerzas, si conquista el reino de Candia, porque extraería sustancias esenciales así de tributos como de gente, sin temer, que los vasallos pudiesen emigrar de aquella isla, ni eximirse de el yugo de los gravámenes, por hallarse situado en gran seno de mar y de los otros reinos”*[4].

No obstante, el remedio fue peor que la enfermedad. La rápida operación sorpresa que tenía que haber logrado la conquista de la isla se estancó frente a las defensas venecianas, dando inicio al asedio más largo de la historia. Al poco, la flota otomana demostró sus carencias cuando se vio incapaz de imponerse a los venecianos. En 1648, y en los años que siguieron, estos bloquearon los estrechos. El malestar provocado por dichas derrotas, sumado a la incapacidad de Ibrahim a la hora de gobernar, inflamaron las luchas internas. Desde principios del siglo XVII la pugna

entre las facciones del harén y la intervención de los jenizaros habían desestabilizado el régimen. La férrea autoridad de Murad IV había dado fin a estos conflictos, pero la llegada al poder de Ibrahim volvió a reavivarlos. En 1648 el Gran Turco fue ejecutado por loco.

La muerte del sultán dio inicio a un turbulento periodo conocido como el “Sultanato de los Agas” [5]. A Ibrahim le sucedió Mehmed IV, apenas un niño de siete años, inaugurando de esta forma un vacío de poder que fue cubierto por distintos Agas -comandantes militares-, quienes gobernaron bajo el título de Grandes Visires. De 1648 a 1651 Constantinopla vivió una rápida sucesión de grandes visires, en un entorno de lucha constante entre las facciones de la abuela y la madre del sultán [6]. Una parte de la clave para mantenerse en el poder era lograr buenos resultados en la guerra. Para entonces, el prestigio turco no aceptaba más que la conquista entera de la Isla de Candia, por lo que la diplomacia de la Puerta pasó a centrarse en el aislamiento de su enemigo, negociando la renovación de la tregua con el emperador, y enviando un embajador a Madrid (1649)[7].

LA GUERRA DE CANDIA Y LA MONARQUÍA CATÓLICA

La invasión de Creta coincidió con los últimos años de la Guerra de los Treinta Años. Ello supuso que las llamadas de auxilio de Venecia apenas tuvieran eco entre los príncipes cristianos[8]. La mayor respuesta vino de los potentados italianos, temerosos de una renovada ofensiva turca en el Mediterráneo.

Entre estos estados se encontraba la Monarquía Católica. Felipe IV estaba muy interesado en que los venecianos se

mantuvieran en Candia. Como rey de Nápoles y Sicilia se beneficiaba de la existencia de un antemural cristiano en el Mediterráneo Oriental. Por otra parte, como potentado de Italia era galante de la defensa de la Península frente a los turcos[9]. En un momento en que Francia se disponía a disputar la supremacía en la zona, era conveniente reforzar esta visión ante los italianos. El círculo de intereses en favor del auxilio a Candia se completaba con la obligación que Nápoles tenía de participar en este tipo de empresas, si se quería cobrar las bulas del subsidio y el excusado[10].

De esta forma, en el año 1645 el virrey de Nápoles contribuyó con cinco galeras y dos mil hombres a la escuadra organizada por el Papa, mientras que la diplomacia española actuó en Polonia para que la cruzada de Ladislao IV llegara a buen término[11].

Las revueltas en Nápoles y Sicilia y el agravamiento de la guerra en Italia causaron una disminución de estas ayudas. Al tambalearse el poder español en la península se bloqueó una buena parte de los recursos utilizados en estas empresas. De hecho, para reinstaurar el poder español en la zona, fue necesario reunir a la flota la cual, bajo el mando de Don Juan José de Austria, pasó los siguientes años invernando en Mesina.

LA EMBAJADA DE AMET AGA, ENVIADO DEL SULTÁN

La presencia de una flota de ese calibre tan cerca de Candia fue advertida por los turcos y, probablemente, fue el detonante de que el Gran Visir del momento, Kara Murad (Aga de los jenízaros) enviara a un agente a Madrid[12]. El hombre elegido fue Amete Aga, un hombre de oscuros orígenes que partió en el verano de 1649 de Ragusa[13]. Desde allí pidió salvoconductos al virrey de Nápoles, el Conde de Oñate, para viajar a Valencia, lugar desde donde fue conducido, por orden Virrey, el Conde de Oropesa, hasta Odón, donde tuvo que esperar a ser recibido por la corte hasta septiembre[14].

La llegada del embajador fue un acontecimiento inesperado en Madrid. Desde los inicios del reinado de Felipe IV, los asuntos del norte habían centrado la atención de la corte. De hecho, la red de información del Mediterráneo existente durante el reinado de Felipe III había ido

desapareciendo por lo que, a la llegada del embajador turco, había una carencia de gente capacitada para estas materias[15]. Por no haber, en Madrid no había ni traductores del turco o del árabe[16].

El 15 de septiembre Amete Aga hizo su primera audiencia ante el rey y, con la gran excepción de que ambos permanecieron cubiertos, la relación fue cordial. La comunicación se realizó en italiano, lengua que conocía el Aga. Sin embargo, sus credenciales –en turco- eran ininteligibles para la corte, por lo que se tomó la desatinada decisión de que fuera el propio embajador quien las tradujera. Como veremos, este hecho, además de vergonzoso, fue a la larga decisivo, ya que permitió a Amete Aga modificar las cartas a su antojo[17]. De esta suerte, el enviado se presentó a sí mismo como embajador del gran Sultán, portando cartas del Gran Visir, de Budaj Heade y Usid Efendi, personajes todos de los que después hablaremos.

Siguiendo el protocolo no fue hasta la segunda audiencia cuando el embajador transmitió el negocio que había motivado su viaje. Así, para sorpresa de los miembros del Consejo de Estado, el sultán ofrecía: amistad al rey de España, comercio entre ambas monarquías, el fin de la trata de esclavos entre sus súbditos, el libre paso a los lugares de peregrinaje cristianos, y el envío de embajadores permanentes a las respectivas cortes. En otras palabras, un acuerdo por el cual la Monarquía y el Imperio Otomano pudieran coexistir pacíficamente. En aquel momento semejante tratado hubiera levantado un gran revuelo: la Monarquía nunca había negociado más que treguas temporales con el Imperio, y desde Madrid se llevaban lustros denunciando a los franceses por tratos similares[18]. Sin embargo, como tiempo después comentaría Vincenzo Batutti traductor raguseo que trabajaría en Madrid, los beneficios de la paz debían ser juzgados, ya que podrían constituir un vuelco en la situación que por entonces vivía la Monarquía[19]. Como él mismo Battuti comentó, los gastos en la defensa de Nápoles y Sicilia podrían ser redirigidos contra Francia, y los beneficios comerciales entre Levante y las provincias del sur de Italia mejorarían la situación material del sur.

No obstante los contras eran también muy numerosos. De firmarse una paz seguro que surgirían problemas con la

Iglesia, aparecerían acusaciones de impiedad, y la reputación de Felipe IV sufriría un gran vuelco –por citar sólo algunos efectos-. Sin embargo, a priori, el mayor problema para el Consejo concernía a Venecia.

La República Serenísima estuvo informada del viaje de Amet Aga desde el mismo momento en que este salió de Ragusa. Desde allí, el senado de Venecia fue avisado de que un negocio “gravissimo” iba a ser tratado en Madrid. Ante tal amenaza Piero Basadonna, su residente en Madrid, pidió que el embajador no fuera recibido. No obstante, en Madrid se consideró descortés no escuchar a un enviado de un príncipe que acudía unilateralmente a la corte, por lo que solo se hicieron promesas de que se tendría puntualmente informado al residente [20]. En todo caso tales temores eran infundados. En el Consejo se temía la caída de Candia por ser considerada como la antesala de una ofensiva turca hacia occidente. Tres años más tarde, por ejemplo, la caída de Candia se veía como un primer paso al que seguiría Ragusa, colocando allí a un baja propio a sólo un día y una noche de Apulia[21].

Sin embargo un malentendido y lo flexible del tratado hicieron que este prosperara. Así, en la fórmula otomana de que el sultán “desea ser amigo de los amigos de Vuestra Majestad y enemigo de vuestros enemigos”[22] –una frase modelo de los tratados otomanos- el Consejo interpretó –muy interesadamente- una invitación velada a mediar entre turcos y venecianos[23]. Así, razonó que, si el sultán quería de verdad entablar amistad con Felipe IV sobre este principio, debía demostrarlo llegando a una paz con los venecianos. Como es natural Amete Aga quedó del todo contrariado, aduciendo que su función no pasaba de tratar la paz con el rey católico[24]. Sin embargo, como probablemente sólo había llegado a Madrid para retrasar el auxilio de la flota de Don Juan José de Austria, tampoco se cerró en banda [25]. En conversaciones posteriores con Pedro Coloma –encargado a partir de entonces de tratar con el embajador- Amete Aga comentó que existía la posibilidad de que en Constantinopla se aceptara una mediación. De hecho sugirió que serían bien recibidas propuestas que ofrecieran las islas menores de Ciringo o Cirigote o, incluso, una suma de dinero[26].

Por otro lado el tratado era flexible, y permitía que el rey de España auxiliara a

cualquier príncipe cristiano atacado, siempre y cuando el contrario tuviera la libertad de hacer lo propio[27]. Esto hubiera permitido al rey seguir dando apoyo a los venecianos, y hubiera evitado las acusaciones de impiedad.

Ambos puntos dieron alas a la corte para seguir con el negocio. Para lograr la mediación y traer nuevas credenciales –las de Amete fueron juzgadas insuficientes– se decidió el envío de un agente a Estambul. Al residente veneciano se le comunicaron las proposiciones turcas (amistad, fin de la trata de esclavos de sus súbditos y acceso a Tierra Santa), añadiendo la propuesta de mediación de Felipe IV[28].

EL VIAJE DE ALEGRETO HASTA CONSTANTINOPLA

El agente elegido para la misión fue Alegreto de Allegretti, clérigo raguseo que había llegado recientemente con el séquito de la reina Mariana de Austria[29]. Alegreto había sido capellán de la emperatriz María Ana y había realizado diversos cometidos para la embajada española en Viena. Así, estuvo en Polonia al menos en tres ocasiones: en 1634 ,acompañando al Conde de Siruela; en 1640, dando cobertura a la leva de polacos que preparaba Medina de las Torres; y en 1648, en la elección del nuevo rey de Polonia; misiones que cumplió con puntualidad y discreción[30]. Alegreto sabía esloveno (como él mismo dijo, su lengua natal), italiano, español y muy probablemente alemán y polaco. Dada su larga trayectoria fue considerado el candidato idóneo para la misión.

Las instrucciones -entregadas a Alegreto por Pedro Coloma el 27 de octubre de 1649- preveían el viaje a la corte otomana vía Ragusa junto a Dilaver, secretario de Amete Aga, al que poco tiempo Allegretti juzgaría en muy malos términos[31]. Alegreto no fue enviado en calidad ni de representante ni de embajador, sino como un simple portador de cartas. Por ello tenía orden de rechazar cualquier cortesía y agasajo que pudiera llevar a malentendidos. Sus instrucciones establecían que, una vez en Constantinopla, debía reunirse con el Gran Visir, proponer el negocio sobre la fórmula de mutua amistad antes referida, y negociar sólo en caso de que los turcos se avinieran a tratar la paz con Venecia. De darse el caso debía entrar en contacto con el bailo veneciano para negociar. En ningún caso debía admitir una paz que cediera ni un palmo de Candia, y las compensaciones,

sobornos y otros gastos debían ser pagados por los venecianos, ya que eran estos los beneficiarios. Si esta plática no avanzaba, tenía orden de volver a Madrid con nuevas cartas y credenciales para Amete Aga. Ante la falta de traductores se pedía que, a ser posible, estas vinieran en latín o griego. En su viaje se preveía que le acompañará un agente del senado de Venecia. Ambos debían reunirse en Nápoles, en la corte del Conde de Oñate. Alegreto podía entablar relaciones en Constantinopla con el residente Imperial, con los ministros polacos, con los moscovitas, los raguseos, los ingleses y los holandeses, siempre y cuando estos fueran los que acudieran a él (excepto en el caso del Imperial). Con quien nunca debía alternar era con ningún francés. Se apuntaba que no debería haber problemas de protocolo, pues no era representante, a pesar de lo cual Amete Aga sí que dio a entender que si se daba el caso se daría preferencia al enviado español sobre los demás. Por último, al raguseo se le encargaba indagar sobre el estado del Imperio, sobre los grupos de la corte, y especialmente de la sucesión dentro de la familia del sultán. De hecho, si era posible, debía hacerse con potenciales fuentes de información para el futuro. Y todo ello lo debía realizar con discreción y rapidez, pues, como ya se había dado cuenta el Consejo, el negocio estaba levantando ciertos recelos en otros reinos.

Para entonces, el secretismo con el que Amete Aga había rodeado su misión había dado pie a toda clase de rumores, alimentados a su vez por la maquinaria de desinformación francesa. Así, se empezó a extender el bulo de la posible firma de una alianza hispano-turca, que estipulaba el casamiento de Juan José de Austria con una hija del anterior sultán -recibiendo como dote Túnez y Argel- y el ataque de los españoles a Venecia desde Milán[32]. Estos rumores no hicieron más que desprestigiar al rey Católico que, casi al momento de la partida de la embajada, le escribió para que se diera prisa.

Allegretti partió de la corte a finales de octubre de 1649. Tardo seis días en llegar a Valencia, donde el Conde de Oropesa debería haberle dado una embarcación para viajar a Nápoles[33]. Sin embargo, el virrey no pudo aportar el barco, y Alegreto perdió casi un mes deambulando por la costa hasta que encontró a una parte de la flota de Dunquerque (“Donquerque”). Con ellos partió el 18 de diciembre de Denia, llegando

a Nápoles tras 27 días de viaje. Una vez en el Regno fue recibido por el Conde de Oñate, virrey y responsable de financiar la misión[34]. Allí fue informado de que Venecia se había desentendido del negocio, por lo que Alegreto partió sólo[35]. El 21 de febrero de 1650 llegó a Ragusa.

La república de San Blas era, por entonces, un punto de unión entre ambos extremos del Mediterráneo. El bloqueo que sufría el comercio veneciano, unido al del otro puerto competidor, Spalato, estaba dando pingües beneficios comerciales a los raguseos[36]. Sin embargo, la situación de la república tampoco era óptima. Como sabemos, la ofensiva turca en el Mediterráneo se veía como una amenaza a su autonomía. Igualmente, la inestabilidad interna otomana afectaba a su comercio de grano. Por la otra parte estaba enfrentada con Venecia desde hacía años, dada su competencia comercial y sus reclamaciones de soberanía sobre el Adriático. Por ello, el único aliado natural con el que contaba era Nápoles. Los tratos comerciales entre ambos territorios databan de época medieval, y Ragusa gozaba por entonces de protección por parte de su virrey[37]. Ragusa deseaba, entre otras cosas, sacar trigos de Nápoles para su comercio. Por este motivo intentó, esta vez sin éxito, tratar con Alegreto una renovación de estos negocios. Finalmente este tuvo que ser derivado a la corte, la cual escribió al Virrey de Nápoles que reanudara los privilegios comerciales de los raguseos [38].

De Ragusa Alegreto viajó a Nevesinje con tanta rapidez que el “virrey de Herzegovina” se quejó de no haber dispuesto nada para su llegada. De allí se trasladó a Sofía, donde se reunió con el beglerbey de Grecia. Este era, en palabras de Alegreto, “el principal General de los cuatro del Imperio Otomano”. En sus conversaciones salieron a relucir los deseos de paz con España, el malestar reinante en el ejército por cómo se estaba llevando la guerra e, incluso, el desagrado del propio beglerbey a tener que embarcar hacia la isla[39].

Tras dar descanso a los caballos por dos días en Sofía, Alegreto partió a Constantinopla, a la que llegó el 31 de marzo de 1650, 38 días después de su llegada a Ragusa. Para entonces, la necesidad de que volviera a Madrid era más apremiante que nunca.

LA CASA DEL TURCO

Mientras Alegreto viajaba a Constantinopla, Amete Aga se quedó en Madrid preparando distintos puntos del tratado. Su estancia fue sufragada por la corte, como era acostumbrado, alojando al turco y a sus "familiares" en una casa en lo que entonces se conocía como los "Siete Jardines" -esquina con Alcalá-. La breve estancia de la embajada marcó tanto el recuerdo de los madrileños que, a partir de entonces, a la calle se la conocería como la "del turco", más recordada por ser el lugar donde asesinaron a Prim dos siglos después[40]. La elección del sitio no pudo ser más desastrosa. Frente a la "Casa del Turco" (nombre que dieron los madrileños a la casa) estaba ubicada una taberna de mala reputación llamada "de Parla", frecuentada por "mujeres y extranjeros"[41]. El error se completó cuando, viendo el buen comportamiento del turco, se decidió no colocar guardias en las entradas. De esta forma, la Casa del Turco pronto se convirtió en un foco de rumores y problemas durante toda la primavera de 1650, en los que los familiares del turco llegaron a agredir a las autoridades locales. Dichos altercados fueron remitidos al Consejo de Estado, quien paso los meses siguientes tratando de sortear cada nuevo problema[42]. Además, la Casa del embajador se convirtió en un lugar donde buscaron refugio varios esclavos huidos, y un punto al que acudieron distintos aventureros de dudosa reputación. No obstante, el hecho que más alarmó al Consejo fue la noticia de que estaban desapareciendo mujeres en los alrededores de la embajada. En Madrid se extendió el rumor de que grupos de turcos armados con cuchillos merodeaban en busca de mujeres. De hecho, la justicia llegó a examinar un caso, el de Doña Margarita Ramires y su criada, que se decía que estaban retenidas en la embajada[43]. Ante esta engorrosa situación el Consejo de Estado pasó unas cuantas sesiones ideando toda clase de argucias para sacar al embajador de Madrid y poder registrar así la casa sin violar la inmunidad[44]. Al final Felipe IV, hartó de estos altercados, mandó que una escuadra de guardias vigilara las entradas y salidas de la casa, una decisión que enojó considerablemente a Amete Aga[45].

Estos hechos no hicieron más que mermar la ya muy criticada credibilidad de Amete Aga. A principios de 1650 había llegado, a través del Conde de Lumieres -

embajador en Viena- los primeros informes que sobre el enviado había pedido Madrid. Estos describían a Amete Aga como un conocido judeoconverso de Constantinopla, que había pasado buena parte de su vida practicando la medicina. Según esta versión, el Aga era un oportunista poco querido que se había convertido exclusivamente por ambición[46]. Esta falta de principios se vio sancionada, a ojos del consejo, cuando, de repente, el embajador expresó su deseo de convertirse al catolicismo, una decisión que fue vista por todos como una vía de librarse de un castigo en Constantinopla[47].

La llegada de este tipo de cartas de Alemania no fue para nada inocente. En Viena no habían sentado muy bien las primeras noticias de la negociación Madrid-Constantinopla. Se temía que, de firmarse una paz entre la Puerta y los venecianos, la ley turca que obligaba a hacer la guerra contra el infiel provocara la ruptura de las negociaciones de la tregua, y reavivara el conflicto húngaro. El Conde de Curcio fue el encargado de comunicar estas inquietudes a Lumieres añadiendo que, de firmarse una paz, el emperador querría nuevas garantías para Hungría[48]. Esta misma cuestión de la ley turca fue también esgrimida por el Conde Lumieres por desobedecer las órdenes de informar a Juan Casimiro de Polonia. A la salida de Alegreto se había ordenado a Lumieres que no solo comunicará el negocio, sino que bloqueará la diversión que se preparaba en el Mar Negro a la espera de lo que ocurría, algo que obvió el embajador porque consideraba que, de triunfar la mediación y firmarse una paz con los venecianos, y de renovarse la tregua con el Imperio, sería Polonia la víctima de las armas turcas[49].

En la misma Monarquía existían elementos escépticos ante el negocio. Uno de ellos fue el Conde de Peñaranda, quien declaró lo poco fiable de una tregua firmada en plena minoría de edad del sultán[50]. Estos argumentos tomaron fuerza al revisarse las credenciales de Amete Aga. Tras unos meses, la corte se hizo con los servicios de dos intérpretes: un miembro tráfuga del séquito del embajador y un esclavo del Duque de Nájera. Las traducciones que estos hicieron de las cartas evidenciaron pequeñas diferencias, de las que solo tenía importancia la firma de una carta: la credencial. De esta forma, el esclavo aseguraba que, como había dicho Amete Aga, el documento había sido firmado por el sultán, mientras el miembro

del séquito interpretaba la rúbrica como la del gran Visir. De ser cierto, el estatus del sujeto y el valor del tratado podían quedar en nada[51]. No obstante, para entonces era imposible comunicarse con Allegretti.

ALEGRETO EN CONSTANTINOPLA

Nada más llegar a Constantinopla Alegreto cayó en una estratagema de los turcos. El raguseo preveía alquilar un aposento particular, y pasar allí su estancia. Para ello envió a un criado suyo por delante y, junto a él, fue Dilaver, quien dijo ir a avisar de su llegada. A su regreso llegaron acompañados por un miembro de la casa de Budak Heade, con orden de escoltar al enviado para protegerle de posibles atentados de venecianos o de franceses hasta la casa de su señor. Alegreto fue incapaz de negarse, quedando a partir de entonces a merced de los ministros del Gran Visir, y especialmente de Budak Heade. Este "Coronel de los granileros [52]" era, en palabras de Alegreto, "muy prudente, enemigo de fausto y apariencias cortesanas y que nunca ha tenido ambición de más puesto que el que ocupa". El grado de influencia que Alegreto juzgaba de este hombre era tan alto que le consideraba como un "valido" por "cuya mano pasan todos los negocios más graves que llegan a las del gran Visir, así los domésticos de su monarquía como los forasteros"[53]. Budak Heade sería su contacto con el exterior durante toda su estancia.

Al día siguiente de la llegada de Alegreto se concertó la primera entrevista con el Gran Visir en su palacio[54]. En ella, además de este y Budaj Heade, estuvieron presentes Usi Efendi -otro de los personajes que había escrito a Madrid, astrologo mayor del sultán y hombre de gran influencia sobre el Gran Visir- y Quitap Rais -Gran Canciller, "persona sagaz y amigo declarado de los franceses"-. A estos hubo de sumarse un intérprete, debido a la ineptitud del Gran Visir para el esloveno. El discurso de Alegreto se centró desde el principio en la fórmula de mutua amistad propuesta en Madrid, y su peculiar interpretación. Por supuesto, esta versión fue de inmediato obviada, y de hecho Allegretti pronto se dio cuenta que Amete Aga era sólo un enviado del gran Visir, habiendo sido el sultán sólo informado del viaje. De esta forma, se le explicó que el envío del Aga debía ser considerado como un gesto personal del gran Visir para agradecer a Felipe IV el no haber

auxiliado a Venecia en los últimos años[55]. De esta suerte, el tratado que se estaba confeccionando en Madrid carecía de valor, pues dependía de la improbable continuidad del Gran Visir en el poder.

Con todo, se siguió con las conversaciones. El tema controvertido en la negociación fue la paz con Venecia. Los ministros turcos solo estaban dispuestos a entablar negocios si conservaban todo el reino de Candia, aunque sí que estaban inclinados a ceder a Venecia su capital en deferencia a Felipe IV. Además, como prueba de sus intenciones pacíficas, se mostraron dispuestos a parar las hostilidades en la isla, siempre y cuando Felipe IV retirara cualquier apoyo de sus súbditos en el mar. A pesar de lo inadmisibles de tales demandas -para los españoles perder un solo puerto en Candia era como perder toda la isla- Alegreto no desistió, y pidió permiso para ver al bailo, quien en aquel momento estaba preso. Alegreto, por último, vio frustrado su deseo de ver al sultán por su corta edad. Su primera visita la completó repartiendo una serie de propinas entre los criados y porteros de la casa, trasladándose de nuevo a la casa de Budaj Heade.

Alegreto pasó los siguientes días vigilado y alejado de cualquier contacto. Tan prolongada estancia le obligó, por ejemplo, a celebrar la Pascua en Galata. Tal demora levantó toda una serie de rumores entre las legaciones extranjeras. Por otra parte, se convirtió en una fuente de descontento entre los mismos turcos y, por ejemplo, sabemos que la sultana se quejó del alto coste de reputación que estaba suponiendo el negocio. La denuncia en concreto manifestaba el malestar por haber aceptado a Alegreto como negociador, un hombre vulgar, cuando la Puerta había enviado a todo un Aga[56].

Finalmente Allegretti pudo visitar al Bailo Soranzo en su casa, donde ambos pasaron a elaborar toda una serie de propuestas del tipo de las sugeridas por Amete Aga. La oferta inicial presentada por los turcos fue rechazada casi desde el principio, y entre las opciones se barajó la idea de dar dinero a cambio de paz, una iniciativa que agradó al bailo a pesar de que no gustara que viniera de boca de un enviado español, aduciendo el malestar que producía que supieran de este tipo de arreglos. De fracasar esto se podría hablar de la entrega otras islas. Sin embargo, esta

contraoferta fue rechazada por el Gran Visir, quien finalmente sumó a sus exigencias, además de todo el reino de Candia, la Isla de Tino.

La contundente negativa del Gran Visir llevó la mediación a un callejón sin salida. En lo que respecta a la misión, a Alegreto sólo le quedaba pedir nuevas credenciales para Amete Aga y volver a Madrid. Para su desesperación, los turcos aun dilataron su partida diez días, un tiempo que Allegretti utilizó para captar información y entablar contacto con personajes que le pudieran ser útiles a la Monarquía. Uno de los primeros fue el mismo Budak Heade, a quien Alegreto consideraba para entonces uno de los mayores promotores del tratado de amistad entre el sultán y el rey de España. De hecho, parece que entre ellos surgió cierta amistad[57]. Allegretti también entabló conversaciones con el residente imperial en la ciudad, así como con su traductor, Nicusio Panayoti, un personaje del que después hablaremos. Además, se hizo con toda clase de noticias, entre las que estaba el rumor de que el único motivo que había llevado a Amete Aga a Madrid había sido el la presencia en Mesina de la flota de Juan José de Austria. Otra de las informaciones a las que hizo referencia era una habladuría surgido a raíz de la captura de los hijos del virrey de Túnez por parte de unos corsarios franceses. Este suceso parece que había sacado a la luz un acuerdo entre Francia y el Imperio Otomano, por el cual el Rey Cristianísimo se había comprometido a hacer la guerra a España hasta que el sultán se hiciera con todo el reino de Candia. Esta información fue transmitida a Basadonna en el mismo momento en que llegó a Madrid[58].

Finalmente, el 2 de mayo de 1650, se dio licencia a Alegreto para retirarse de la corte. Las nuevas credenciales del tratado nunca llegaron, ya que el Gran Visir consideró suficientes las enviadas el verano pasado[59]. Ante este desinterés Alegreto abandonó definitivamente la idea de un entendimiento con los turcos. A su marcha portó nuevas cartas para el rey de España y sus ministros, aunque rechazó orgullosamente los presentes que le dieron a él, algo que produjo cierto choque cultural. Por otra parte se despidió del bailo, quien se quedó con cierta sensación de que algo se había negociado sin su conocimiento.

Poco después Alegreto partió de Constantinopla, con toda probabilidad por mar, pues en su relación del Imperio Otomano (antes nombrada) portaba una carta de los cristianos de la isla de Chios.

EL RETIRO DE AMETE AGA, ENVIADO DEL GRAN VISIR

A finales de verano Alegreto ya estaba de vuelta en Madrid. El 31 de agosto de 1650 realizó la relación de su viaje y entregó las "alajillas" que los ministros turcos habían mandado al rey y a sus homólogos hispanos.

El 5 de septiembre el Consejo de Estado se reunió para juzgar el negocio, acudiendo a él el Duque de Medina de las Torres, Francisco de Melo, el Marqués de Castel Rodrigo, el de Valparaíso, el de Velada y el Conde de Peñaranda[60]. Lo primero que hizo el consejo fue juzgar como fracasado el tratado. La falta de nuevas credenciales, el fracaso en la mediación, y la desconfianza hacia comportamiento turco fueron los motivos aducidos para justificar el fracaso, así como el resquemor levantado y el bien general de la religión. Pedro Coloma sería el encargado de comunicar al embajador turco lo innecesario de su presencia, señalándole lo conveniente que sería su partida[61]. Esta resolución fue comunicada a los embajadores de Roma, Viena y Venecia, así como a Don Juan José de Austria, al archiduque Leopoldo Guillermo y al Conde de Oñate.

Eso sí, el consejo juzgó el conjunto de toda la negociación de forma positiva. Según su dictamen, el hecho sin precedentes de que el sultán hubiera enviado a un embajador a un rey con el que, en teoría, estaba en guerra, motivaba un éxito, pues proveía de prestigio a Felipe IV. Por supuesto, a los otros príncipes cristianos no se les transmitió el auténtico rango del enviado, por lo que, oficialmente, Felipe IV había desistido en el negocio al no poder auxiliar a los venecianos, algo que en parte era cierto.

Asimismo no se consideró oportuno romper los pocos lazos abiertos con la Puerta. Desde Madrid se decidió escribir al sultán y se le mandó unos regalos. Igualmente se le dejó a él la iniciativa de futuros contactos. A estos se le debían unir una serie de cartas al Gran Visir, a Budak Jade y a Usi Efendi, así como a los ministros que se considerase influyentes. Estas serían

firmadas por Luis de Haro, aunque el responsable de que llegaran sería el Conde de Oñate.

Por desgracia, la inestabilidad interna dentro de la corte otomana cortó la comunicación. La débil permanencia del Gran visir en el poder dependía del desarrollo de la guerra, y la sultana madre Turhan y el Aga Bektas Aga, se habían unido para derrocarlo, fomentando el descontento y las conspiraciones. El mismo Alegreto fue testigo de tales altercados en una de las últimas visitas al Gran Visir, cuando contempló en palacio como uno de los cabos de sipahis huía de una turba de soldados[62]. Cuando en el verano de 1650 los venecianos bloquearon el Dardanelos, Kara Murad fue derrocado y ejecutado (5 de agosto de 1650) [63]. En Madrid, estas noticias llegaron en el momento en que se estaban cursando las órdenes a Oñate para el despache de regalos. Aun hoy podemos leer en el dorso de la carta - fechada el 6 de noviembre de 1650- que el envío era inútil, ya que el Gran Visir, Budak Heade y Usi Efendi habían muerto[64].

LA CREACIÓN DE UNA RED DE INFORMACIÓN EN LEVANTE

A pesar de este brusco final, las embajadas de 1649 y 1650 sí que sirvieron para abrir nuevas miras de la Monarquía hacia el Mediterráneo Oriental. La embajada de Amete Aga había evidenciado el abandono de los asuntos mediterráneos ante los ministros de Madrid. Alegreto había llegado a decir que no había *"príncipe en el mundo a quien más importe la verdad de estas noticias -hablando del estado del Imperio- y que menos las tenga (a mi entender) que vuestra Majestad"* [65]. Para paliar el desconocimiento reinante se decidió mejorar las fuentes de información, contratando los servicios de Nicusio Panayoti, traductor del residente imperial, para que enviara avisos de Constantinopla. Panayoti era un hombre que Alegreto recomendaba por ser *"muy confidente de los ministros otomanos"*, *"sabedor de lenguas"*, y hombre por cuyas *"manos pasaban buena parte de los asuntos del Imperio"*. El coste por sus servicios consistió en el pago de 2600 reales de a ocho de una vez -que decía que se le debían por una condena sufrida por el asesinato del renegado Juan de Meneses, perpetrado en Constantinopla a instancias del antiguo embajador en Viena el Duque de Terranova - y 1500 reales de a ocho al año. Sus informes

fueron filtrados cada quince días durante años al Conde de Oñate[66].

Por otra parte, se intentó cubrir la carencia de traductores, enviando órdenes al Virrey de Nápoles y al embajador de Viena para que buscaran a gentes de confianza que conocieran la lengua turca y arábiga[67]. Uno de estos personajes fue, con toda probabilidad, Vincenzo Batutti, quien pasaría los siguientes decenios haciendo traducciones de obras turcas al italiano[68].

CONCLUSIÓN

Hacer un balance de lo que significó el intercambio de embajadas hoy nos puede resultar complejo. Pocos años después, Jerónimo de Barrionuevo escribió en sus Avisos: *"solo nosotros somos los que no sabemos vivir en el mundo, ni conservar lo que Dios nos ha dado con la mano tan liberal"* [69]. Se acababa de enterar de que los portugueses habían firmado tratos comerciales con Turquía.

Tras la década de 1640 la Monarquía empezó a replantearse su futuro y las posibilidades potenciales que tenía en Europa. Se inició así un largo proceso, que duró toda la segunda mitad del siglo XVII, en el que se fue abandonando poco a poco las aspiraciones universalistas y se fue adoptando una posición dentro del sistema europeo de equilibrio[70]. Esta evolución requirió unos sacrificios a veces difíciles de asumir por parte de Madrid, al contrariar principios tan asentados como el prestigio y la reputación. Paralelamente, al otro lado del Mediterráneo, la Puerta vivió un proceso de crisis similar. Como hoy sabemos, el camino que siguió fue muy diferente al de la Monarquía: mantuvo su política exterior agresiva, con su particular vocación universal, y está sólo concluyó en 1683.

La debilidad pudo ser la causa de que ambas cortes abrieran un diálogo en 1649, pero los impedimentos en contra iban más allá de la violencia dentro del harén. En unos estados donde la religión era un elemento constituyente, la asimilación del otro -del "infiel"- en un concierto internacional pacífico, era aún muy aventurado. La Monarquía no era un cuerpo cerrado que pudiera sobrevivir en solitario en Europa, sino un poder cuya conservación dependía de la coordinación armoniosa con otros príncipes, entre los que destacaba el Papa y el emperador. Las relaciones de la Monarquía en este concierto internacional se basaba en una serie de principios y máximas

-en este caso la defensa de la fe- que, de ser rotos, podían tener consecuencias nefastas para su propio mantenimiento. Como vemos, a la Monarquía de la que hablaba Barrionuevo todavía le quedaba un largo trecho para adaptarse a un orden del tipo westfaliano. De hecho, la embajada quizá sirvió para evidenciar más aún los viejos principios. La sensación dejada de que los turcos habían actuado de mala fe, y el malestar provocado en Europa por apenas unos meses de inteligencia sirvieron para que, de momento, se evitara repetir la experiencia. En cuanto pudieron, los españoles volvieron a dar apoyo a Venecia, y el Gran Turco siguió siendo un enemigo a quien contener. De hecho, los informes traídos por Allegretti a su regreso parecían invitar a proyectos más propios de tiempos pasados. En ellos se recomendaba dar fin a la guerra con Francia, declarársela a la Puerta y recuperar lo perdido con apoyo de los cristianos descontentos[71]. Como sabemos, tales consejos no fueron tomados en cuenta: la endeble armonía lograda tras 1648 no iba a ser puesta en juego en una empresa de tan dudoso fin.

NOTAS

1. Esta carta forma parte de un memorial realizado por Alegreto de Allegretti a su regreso a Constantinopla: "Copia de Carta que escribieron los religiosos griegos católicos de la isla de Scio" (como llamaban los italianos a Chios). agosto de 1650. Incluida en: *Relación del estado del imperio otomano hecha por monseñor Alegreti al rey Felipe IV*. Real Academia de la Historia (en adelante RAH) K-12, fº 130 a 138. El tema de la embajada turca de 1649 no ha despertado mucho interés entre los historiadores hispanos. Fernando Díaz Esteban publicó hace poco un artículo sobre la entrada del embajador en Madrid, F. DIAZ ESTEBAN: "Embajada turca a Felipe IV", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 203, cuaderno 1 (2006), pp. 65-87. Su trabajo se centra más bien en aspectos protocolarios, y no entra en los motivos de la embajada ni en la misión de Alegreto. La importancia de este tema no es baladí, ya que esta embajada sirvió de modelo a la hora de recibir a príncipes como el de Moscovia (F. FERNANDEZ IZQUIERDO: "Las embajadas rusas a la corte de Carlos II", *Studia Historica*, nº 22 (2000), pp. 75-107). Sólo conozco un artículo que trate profundamente este tema: C. GRIMALDO: "Le Trattative per una pacificazione fra la Spagna e i Turchi in relazione con gli interessi veneziani durante i primi anni della guerra di Candia (1645-1651). Contributo alla storia delle relazioni ispanovenete durante la guerra di Candia", *Nuovo Archivio Veneto*, nº 91, "Nuova Serie" nº 51 (1913), pp.5-91. (Existe un resumen de los puntos principales de este artículo en: C. GRIMALDO: "Negociaciones

- para la paz entre la paz entre la España y Turquía, en relación con los intereses venecianos, durante la Guerra de Creta”, *ESTVDIO*, Vol. V (1914), pp. 310- 312). No obstante, esta obra solo analiza el punto de vista veneciano, dejando de lado el viaje de Allegretti a Estambul. El tema de la embajada también ha interesado a Ryszard Skowron: R. SKOWRON, “Ceremoniał przyjęcia posła tureckiego i jego pobyt na dworze madryckim (1649-1650)” en B.POPIOLEK (ed.): *Człowiek w teatrze świata*, Cracovia 2010, pp. 306-313. Aprovecho para agradecer la amabilidad del profesor Skowron al enviarme este artículo, así como su ayuda a la hora de superar las barreras idiomáticas.
2. “A día de hoy se han reducido estas substancias a muy tenues y aniquiladas fuerzas cuya causa principal procede del sultán Amurathes, no de el Gran señor presente que movido y alentado de las generosas persuasiones de una su mujer favorecida sultana Galenciana emprendió la guerra de Babilonia y por conquista esta ciudad puso en ruina su imperio despojándolo de todas las milicias...” RAH, K-12, f° 132b.
 3. “...los vasallos particularmente de Europa abandonando sus tierras an transmigrado a otros países y enriquecidos estos son Moldavia, Valachia y Transilvania.” *Ibidem*, f° 133.
 4. *Ibidem*, f° 144.
 5. S.J. SHAW: *History of the Otoman Empire and Modern Turkey*. Vol. I *Empire of the Gazis*, Cambridge 1977, pp. 200-205.
 6. “La una es la sultana Chiuse su aguela y la otra sultana Arse su madre cuya ambición de ambas se va el exterminio del Imperio, porque andivido las pasiones de los ministros de aquella corte que aspiran a los primeros cargos; y causado entre sus sequaces (que cóncavos de las milicias) grandes facciones...” RAH, K-12, f° 137b. Por otra parte el clero griego comentaba las conspiraciones por colocar al hermano de Mehmet, Solimán, “...las facciones, las cuales han llegado a términos de deponer el rey niño Mehmet y sustituir en su lugar al sultán Solimán su hermano coetáneo...” *Ibidem*. Mientras Alegreto considera al Khan de Crimea como otro candidato al Imperio “...algunos malcontentos de Constantinopla, fomentan al dicho tártaro a Conspirar, a la Monarquía, con las razones que tiene de legítima sucesión a ella.” *Ibidem*, f° 133b.
 7. “...para conseguir esta conquista y poder aplicar todas sus fuerzas, a ella a querido asegurarse de qualquiera diversión, que pueden hacerle los príncipes confinantes, estableciendo con ellos la paz, y particularmente con el emperador por 20 años y que era por donde más podía temer diversión y rompimiento [...]. Solo le falta al sultán establecerla con Vuestra Majestad a quien le pediría de buena gana, si pudieses ajustarla con las impiás condiciones que tiene con Francia...” *Ibidem*, f° 134. Hay que recordar que esta relación se escribió después de la misión que hizo a Constantinopla (1650), por lo que al llegar el embajador turco a Madrid (1649) aún no se había firmado la tregua con el Imperio.
 8. Sobre la Guerra de Candia: A. VALIERO: *Historia della Guerra di Candia*, Venecia 1679. Valiero habla de la misión de Alegreto en las páginas 230 a la 240.
 9. M. RIVERO RODRIGUEZ: *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Madrid 2008, pp. 270-293
 10. J.M. MARQUES: *La Santa Sede y la España de Carlos II*, Roma 1981-1982, p. 209.
 11. L. PASTOR: *Historia de los Papas*, Vol. XXX, Barcelona, p. 312. Un pequeño acercamiento al apoyo español a la cruzada polaca lo hice en: M. CONDE PAZOS: “La elección real de 1648 y la Monarquía de Felipe IV. Diplomacia en Polonia en un periodo de crisis”, *XI Reunión científica de la F.E.H.M.*(en prensa). La cruzada nunca se realizó por la muerte de Ladislao aunque, como veremos, la diplomacia española siguió contando con Polonia para hacer una diversión en el Mar Negro. En breve el Ryszard Skowron publicará un libro que tratará estos temas.
 12. El gobierno de Kara Murad coincide con el periodo en el que transcurre este artículo. Sin embargo, en la correspondencia se le suele nombrar como Gran Visir, y su nombre, apenas usado, es dicho como Azan. S.J. SHAW: *History of the Otoman Empire...*, op. cit., pp. 202-205.
 13. En otros textos es Hamet Aga Mutafaraz. F. DIAZ ESTEBAN: *Embajada turca...*, op. cit., p. 68. Por otra parte Pinelo (una de las relaciones que utiliza Diaz Esteban) y Pellicer aseguran que el enviado era Baja del Cairo, algo que no está recogido en la correspondencia oficial. Biblioteca Nacional de Madrid, Manuscrito (en adelante BNM, Mss.) 8388.
 14. F. DIAZ ESTEBAN: *Embajada turca...*, op. cit., p. 67. Otra relación sobre su estancia en Madrid la tenemos en Archivo Histórico Nacional, sección Estado (en adelante AHN, EST), leg. 2781, s.f., Papel sobre los procedimientos del embajador turco. Madrid, 24 julio de 1650.
 15. Sobre esta red: R. GONZÁLEZ CUERVA: “El turco en las Puertas: la política oriental de Felipe III”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y Mª ANTONIETTA VISCEGLIA (dirs.): *La monarquía de Felipe III, Los Reinos*, vol. IV, Madrid 2008, pp. 1453-1455.
 16. AHN, EST, leg. 2871, s.f., Consejo de Estado del 5 de septiembre de 1650.
 17. De nuevo me remito a Díaz Esteban para lo relacionado con el protocolo en este recibimiento. Sobre el problema de la traducción AHN, EST, leg. 2781 s.f., Consejo de Estado. Madrid, 5 de septiembre de 1650.
 18. “Que esta materia por ser nueva, grande y de todas consideraciones para todo el mundo...” AHN 2871, s.f., Instrucciones que se dio a Don Alegreto de Allegretti para pasar a Constantinopla, s.f.. Las proposiciones se repiten en muchos consejos, pero vienen especialmente claras en AHN, EST, leg. 2871, s.f., Consejo de Estado del 5 de septiembre de 1650.
 19. BNM, Mss. 11017, “Memorial de Vincenzo Brattuti a Felipe IV, en 1649, sobre la embajada que envié el Gran Turco” f°. 186-187 (en italiano). Los puntos principales de este brevísimo texto fueron publicados en F. DIAZ-PLAJA: *La historia de España en sus documentos. El siglo XVII*, Madrid 1957, p. 307.
 20. C. GRIMALDO: *Le Trattative per una pacificazione fra la Spagna...*, op. cit, p. 21.
 21. Archivo General de Simancas, sección Estado (en adelante AGS, EST), leg. 2361, s.f., Consejo de Estado, Madrid, 20 de marzo de 1653.
 22. AHN, EST, leg. 2871, s.f., Consejo de Estado del 5 de septiembre de 1650.
 23. A.W. FISHER: *The Crimean Tatars*. Stanford 1987, p.10. S. IOSIPESCU: “The Carpathian-Danubian Principalities Military Alliances in the Seventeenth Century”, en R.S. RUSH y W.W. EPLEY (ed.): *Multinational operations, alliances, and international Military cooperation*, Viena 2005, pp. 13-18. Para estados no “vasallos”: D. KOŁODZIEJCZYK: *Ottoman-Polish diplomatic Relations (15-18th Century). An annotated edition of Ahdnames and other Documents*. Leiden 2000, pp.444-489.
 24. AHN, EST, leg. 2871, s.f., Consejo de Estado del 5 de septiembre de 1650.
 25. O al menos así lo creyeron los españoles tras el fracaso de la misión de Allegretti.
 26. “Yendo vos advertido que este embajador turco se ha dejado entender que con alguno de estos medios se podría encaminar el negocio...” AHN, EST, leg. 2871, s.f., instrucciones que se dio a Don Alegreto de Alegretti para pasar a Constantinopla.
 27. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consejo de Estado, Madrid, 5 de septiembre de 1650.
 28. A Venecia nada de esto le gustó. Por ello levantó quejas contra España y envió a Basadonna una reprimenda. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consejo de Estado de 28 de abril de 1650 “en respuesta a una carta del Marqués de la Fuente del 2 de febrero.”
 29. C. GRIMALDO: *Le Trattative per una pacificazione fra la Spagna...*, op. cit., p. 39. Alegreto Allegretti a veces también es llamado en la correspondencia, así como en los catálogos Alegreto de Alegretti.
 30. Sobre la misión de 1634 COMTE REANAUD PREZEZDZIECKI y M.GÓMEZ DEL CAMPILLO: “Embajadas españolas”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, n° 121 (1947), pp. 395-441 y n° 122 (1948), pp. 235-282. Sobre su misión a las órdenes de Medina de las Torres M. CONDE PAZOS: “El tratado de Nápoles. El encierro del príncipe Juan Casimiro y la leva de polacos de Medina de las Torres.” (en prensa). Sobre su participación en la elección real: M. CONDE PAZOS: *La elección real de 1648...*, op. cit. Ryszard Skowron apunta que es probable que no fuera la primera vez que de Alegreto visitaba Constantinopla. R. SKOWRON: *Ceremonial przyjęcia...op. cit.*
 31. “Ni era platico del camino, ni traía pasaportes, ni insignias[...] ni menos tenía coraje ni animo de hombre, como lo experimente bien en muchas ocasiones que se ofrecieron, pues en ellas me valió más mi lenguaje natural, que su habilidad.” AHN, EST, leg. 2781, s.f., Relación que hizo Don Alegreto de Alegretti de su viaje a Constantinopla. 31 de agosto de 1650.
 32. F. DIAZ-PLAJA: *La historia de España...*, op. cit., p.308.
 33. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Al Conde de Oropesa. Con Alegreto de Allegretti sobre su embarcación. Madrid, 13 noviembre de 1649.
 34. Alegreto tuvo problemas de financiación pues Oñate no le dio todo lo que en Madrid se le había asignado. Por eso tuvo que pedir préstamos a su nombre. AHN, EST, leg. 2781, Carta al Virrey de Nápoles. Madrid, 15 junio 1650. Más datos sobre la financiación de la misión en A. MINGUITO PALOMARES: *Linaje, poder y cultura. El gobierno de Iñigo Vélez de Guevara, VIII Conde de Oñate, en Nápoles (1648-1653)*. (Tesis doctoral UCM), Madrid, 2002, pp.854-858.
 35. Sin embargo los venecianos acusaron a Alegreto de no haberse querido reunir con un agente veneciano en Nápoles, excusándose en que no estaba asignado para esta negociación concreta. Por ello Felipe IV pidió al Marqués de la Fuente que pidiera disculpas y que se

- reprendiera a Alegreto. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Junta de Estado, Madrid, 28 abril 1650.
36. Z. ZLATAR: *Between the double Eagle and the crescent. The Republic of Dubrovnik and the origins of the Eastern question*, New York 1992, P. 22.
37. Sobre el comercio: *Ibidem*, p.7. Sobre la protección que recibía de Felipe IV: AGS, EST, leg. 2361., Consejo de Estado del 20 de marzo de 1653. Madrid. El dictamen añade: “en reconocimiento de ella (la protección) le paga cierta cantidad en Nápoles”.
38. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consejo de Estado con una carta de la República de Ragusa que se reduce al agasajo que se hizo a D. Alegreto Alegretti y que se encargue al Virrey de Nápoles el tratado de las tratadas de granos. Madrid, 7 de julio de 1650. Es curioso cómo, a pesar de que Alegreto visitaba su tierra natal, en ningún momento lo dice. De hecho, sólo sabemos que era de Ragusa (Croacia) por su comentario de que el esloveno era su lengua natal, descartando la Ragusa siciliana. AHN, EST, leg. 2781, s.f., relación que hizo Don Alegreto de Alegretti de su viaje a Constantinopla. 31 de agosto de 1650.
39. Por la relación de Alegreto sabemos que el berglebey nunca llegó a embarcar por el bloqueo veneciano. RAH, K-12.
40. R. de MESONERO ROMANOS: *El antiguo Madrid, paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*, vol. II, Madrid 1881, p.84. La calle ha cambiado de nuevo de nombre y en la actualidad es Marqués de Cubas.
41. AHN, EST, leg. 2871, s.f., Consejo de Estado del 5 de septiembre de 1650. Se mandó clausurar dicha taberna en al menos una ocasión pero, para escándalo del consejo, esta volvió a abrirse ya que pertenecía a un alguacil.
42. AHN, EST, leg. 2781, s.f., “relación de los excesos cometidos en la Casa del Turco para que sirva al efecto por que se ha pedido...” , Madrid, 29 de julio de 1650.
43. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consulta de Estado. Madrid, 1 de mayo de 1650 sobre los excesos de los familiares del embajador turco.
44. Esta mujer puede que fuera vendida: “...que fue vendida por 16 reales de a ocho de una mujer bien conocida que vive destas artes...” AHN, EST, leg. 2781, s.f. Consejo de Estado, Madrid, 6 de junio de 1650. Parece ser que al final la mujer consiguió huir por sus propios medios pero, temerosa de los rumores y la inquisición, decidió desaparecer. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consejo de Estado, Madrid, 21 de junio de 1650.
45. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Amete Aga a Don Luis de Haro. Madrid, 10 de julio de 1650. En esta carta Amete pide que le dejen regresar a Constantinopla.
46. AHN, EST, leg. 2781, s.f., extracto de una carta del residente Imperial a su Magestad Católica. Constantinopla, 3 de abril de 1650 (Vino con carta del Conde de Lumières, Viena, 4 de mayo de 1650).
47. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consejo de Estado del 21 de junio de 1650.
48. Sobre la negociación entre el emperador y el sultán AHN, EST, leg. 2781, s.f., extracto de la carta del Gran Señor Sultán Mehemet a su Magestad Cesárea, llegado con la correspondencia del Conde de Lumières, 4 de mayo de 1650. Sobre el malestar y la preocupación de mantenerse la barrera en Hungría AGS, EST, leg. 2355, s.f., copia de carta del Conde de Lumières, Viena, 19 de enero de 1650.
49. AGS, EST, leg. 2355, s.f., carta del Conde Lumières. Viena 15 de enero de 1650. Estos preparativos preveían revivir la diversión cosaco-polaca en el Mar Negro.
50. AHN, EST, leg. 2781, s.f. Consejo de Estado con una carta del Conde de Peñaranda. Madrid, 1 de febrero de 1650.
51. Por desgracia para el Consejo cuando se volvieron a estudiar las cartas era muy tarde, habiendo constancia de ello solo en septiembre de 1650. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consulta de Estado del 5 de septiembre de 1650.
52. No tenemos claro a qué cargo concreto se refiere, aunque creemos que tiene que ver con grano. AHN, EST, leg. 2781, s.f., relación que hizo Don Alegreto de Alegretti de su viaje a Constantinopla. 31 de agosto de 1650. Fol. 6. El nombre de este personaje a veces aparece en la correspondencia como Budak Jade.
53. *Ibidem*.
54. El hecho de que fuera a esta reunión portando sus hábitos lo cuenta con orgullo. En Ragusa se le había dicho que procurara no hacerlo, mientras que se sabía que los enviados alemanes, aun siendo clérigos, vestían a la turca al llegar a Constantinopla. *Ibidem*.
55. El Gran Visir se presentaba a sí mismo como un partidario acérrimo de la paz con España. Así, en sus años como paje de Nasuf Pascia, dijo participar en unas frustradas conversaciones de paz entre la Puerta y la Monarquía de Felipe III. Estas, decía, habían fracasado por culpa de los venecianos. A esto Alegreto contestó que, al menos en los archivos de los Habsburgo, no había constancia de ninguna misión al Imperio previa a la suya. Por otra parte argumentó, por dignidad, que la Monarquía no había prestado ayuda a Venecia por el simple hecho de que esta no la había pedido, aunque bien sabía que era por la falta de medios. *Ibidem*.
56. C. GRIMALDO: *Le Trattative per una pacificazione fra la Spagna...*, op. cit., p. 56.
57. Esto explicaría el deseo expresado por el turco de que Alegreto fuera el encargado de dar una respuesta a Constantinopla: AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consejo de Estado de 20 de octubre de 1650.
58. AHN, EST, leg. 2781, s.f., al rey con papeles de lo que se ha de decir al embajador turco. Madrid, 10 de septiembre de 1650.
59. AHN, EST, leg. 2781, s.f., relación que hizo Don Alegreto de Allegretti de su viaje a Constantinopla. 31 de agosto de 1650.
60. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consejo de Estado. Madrid 5 de septiembre de 1650.
61. AHN, EST, leg. 2781, s.f., copia de lo que Pedro Coloma dixo al embajador Amete Aga. Madrid, 11 de septiembre de 1650.
62. AHN, EST, leg. 2781, s.f., relación que hizo Don Alegreto de Allegretti de su viaje a Constantinopla. 31 de agosto de 1650.
63. S.J. SHAW: *History of the Ottoman...*, op. cit., pp. 200-205.
64. AHN, EST, leg. 2781, s.f., al Virrey de Nápoles sobre enviar a unos ministros del turco algunas cosas de valor. Madrid, 16 de noviembre de 1650.
65. RAH, K-12, fº 131. El segundo paréntesis es del texto original.
66. AHN, EST, leg. 2781 s.f. al Virrey de Nápoles. Madrid, 6 de noviembre de 1650. Sobre los problemas a la hora de pagarle A. MINGUITO PALOMARES: *Linaje, poder y cultura...*, op. cit., pp. 854-855.
67. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consejo de Estado. Madrid 5 de septiembre de 1650.
68. P. BURKE: *La traducción cultural en la Europa Moderna*, Madrid 2010, p.272. Es probable que Battuti fuera el candidato del que Lumières hablaba, según el un dragomán de Ragusa que hablaba turco, persa, “lirico”, y algo de árabe, latín e italiano,. AGS, EST, 2355, s.f. Carta del Conde Lumières. 15 de enero de 1650. Los intereses de Brattuti no se reducían al mundo turco: RIVERO RODRIGUEZ, M: *La Edad de Oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII*. Madrid, 2011, pp.259-263. Manuel Rivero además me indica que Battuti formaba parte del grupo de personajes cercanos a Don Juan José de Austria, contando con cierta relevancia dentro del ambiente literario madrileño.
69. JERÓNIMO DE BARRIONUEVO: *Avisos Históricos*, vol. I, Madrid 1892, p. 61.
70. M. RIVERO RODRIGUEZ: *La Edad de Oro...*, op. cit., p.273.
71. AHN, EST, leg. 2781, s.f., Consejo de Estado de 20 de octubre de 1650.